

DISCURSO CÍVICO

PRONUNCIADO EN LA ALAMEDA DE LA CAPITAL

del

ESTADO LIBRE

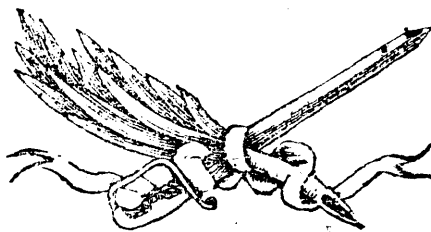
Y SOBERANO DE MÉXICO,

POR EL CIUDADANO

Lic. Mariano Arizcorreta,

EL DIA 4 DE OCTUBRE DE 1846,

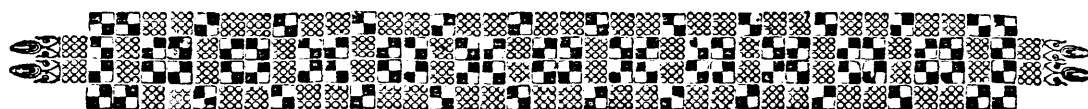
*En la fausta solemnidad del aniversario de la sanc'ion de la Cons-
titucion Federal, y de su gloriosa restauracion.*



TOLUCA:

Impreso por J. Quijano.

1846.



COMPATRIOTAS:

LUCIÓ por fin de nuevo en nuestras frentes el radiante sol del día 4 de Octubre de 1824; de ese día de gloria y salvación, de recuerdos y de esperanza, en que se sancionó la Constitución Federal de los Estados- Unidos Mexicanos; de ese día memorable y fatídico en que México consignó en la Carta sagrada, su pacto social, distribuyó el ejercicio de su poder, designó sus derechos y sus obligaciones, y apareció ya constituida y enlazada en la gran cadena de los pueblos cultos, como la mas joven de las naciones, pura y virgen, pronunciando sus votos de alianza y de unión. El aniversario de ese gran día de la vida de la Pátria, es el que nos reúne en este sitio.

Ese es el objeto de esta solemnidad, no solo prevenida por una ley, sino inspirada por la lealtad y el patriotismo, á la vez en que los esfuerzos unánimes de los Mexicanos, han conseguido el triunfo de los principios y la restauración del sistema Federal, después de doce años en que la traición y la infamia han agotado todos sus recursos, y apurado todos sus arbitrios para destruirlo, para exterminarlo, para estirpar aun sus recuerdos, para extinguir el ardiente entusiasmo que inspiran sus goces, y para hacernos perder hasta la esperanza de la restauración y de nuestra felicidad.

Sí, conciudadanos: la lealtad y el patriotismo nos inspiran esforzarnos en la presente solemnidad, consagrada, á mas de su objeto legal, á celebrar ese triunfo solemne de la Federacion que, como un don precioso de los tesoros de su Providencia, ha concedido á México el Dios de las naciones para salvar su independencia, amagada á la vez por estraños y por hijos espurios. Pero esta solemnidad, compatriotas míos, no ha de limitarse á conformarnos con recuerdos, con accion de gracias, con vivas y exclamaciones, con manifestar en nuestras acciones júbilo y alegría, conmoviendo con ^{im-}~~es~~presiones momentaneas nuestros espíritus; nó, la solemnidad debe estenderse á conservar en nuestros corazones ese altar que le erigimos á la pátria en la época del infortunio, y en el que le ofreciamos de continuo el incienso de nuestra lealtad, las libaciones de nuestras lágrimas, y el sacrificio de nuestro sufrimiento, consagrándole hoy en su triunfo nuestras vidas y cuanto somos, sin olvidar ni un solo instante que la Federacion es el antemural de la independencia de la república, y el escudo de su honor y de su dignidad, que por tal motivo debemos sostenerla con valor y constancia, acreditando con nuestra conducta, que no merece el sistema las calumniosas imputaciones con que se le acrimina, manteniendo entre nosotros mismos, la mas indisoluble union, y sacrificándole en las aras de la concordia nuestros resentimientos.

Esa faccion monárquica, que pérfida y traidora calcula la ruina de la pátria, con la misma sangre fria que un negociante sobre los intereses que le produce su dinero; que se acomoda todas las caretas, y se filia en todos los partidos, para destruir todos los planes, y nu-

lificar todas las providencias, á fin de conservar á la república en estado de desorganizacion, y conducirla así á su aniquilamiento: esa secta de anatema y de maldicion, pequeña en el número de sus proselitos, y grande en sus aspiraciones, inició sus trabajos tenebrosos en el momento en que México se declaró independiente de la Metrópoli para contrariar ó convertir en su provecho esa independencia que vió realizada á su despecho, y que en su triunfo destrozó los títulos de dominacion de una aristocracia vana, viciosa y detestada. Su primer paso fué, al verse dominante en la junta provisional gubernativa, destruir en un decreto de dos líneas el sistema de hacienda, calculado por trescientos años, para dejar á la nacion lánguida en su lactancia, sin erario y sin vida, sò pretesto de libertar á los pueblos de las gabelas coloniales: invocar en seguida con falsía un patriótico reconocimiento de gratitud, mover esta fibra en el corazon de los mexicanos, y entronizar al grande Iturbide, logrado el ya esterminio de la hacienda pública, para poner al hombre de la época en la imposibilidad de hacer marchar á la nacion, consiguiendo de un golpe marchitar el laurel de gloria inmortal que ceñían las sienes venerables del libertador; desprestigiar al ilustre caudillo y ridiculizar al improvisado monarca; valerse á continuacion de esta oportunidad; adherirse hipócritamente á la voz de libertad que se difundió con rapidez eléctrica por todos los ángulos de la república para proscribir al héroe: dejar á México sin el capitan que creó el pendon de sus victorias y sus triunfos, y asesinarlo despues con zaña y furor, con crueldad inaudita, manchando el rostro de la pátria con un borron desconocido hasta entónces, sin igual hasta hoy, negro, ignominioso y perdurable.

Libre ya de la fuerte resistencia que oponia á sus planes inicuos el inmenso prestigio del desgraciado primer gefe del ejército de las tres garantías, y escudada con los nombres mágicos de libertad y orden que sacrilegamente invocaba como norma de su conducta, fascinò á muchos mexicanos honrados y patriótas que de buena fé le auxiliaron con su cooperacion, y procurò impedir por algun tiempo que la nacion se constituyera, ya con intrigas parlamentarias en el seno del mismo congreso soberano, ya con fomentar sediciones, hasta que abrumada con el enorme peso de la opinion, vió á su pesar sancionada esa misma Constitucion Federal, que hoy es el objeto de nuestros cultos cívicos, y por cuya restauracion acabamos de rendir gracias y tributar homenajes de adoracion y reconocimiento al Dios de nuestros padres.

Habeis visto hasta aquí en esta rápida ojeada de los primeros años de la infancia de la república un tezon, una constancia admirable en los enemigos de la independencia para contrariarla ó convertirla en su provecho, destruyendo sus bases de apoyo, y no omitiendo medio para obstruir su robustez, su desarrollo, su consolidacion, que veian como resultado preciso de la organizacion de los poderes públicos en la única forma de gobierno conveniente á la vasta estension del territorio de la nacion, y conforme á la opinion de una mayoria inmensa de mexicanos, y esto solo seria suficiente para persuadirse de que la Federacion es el verdadero sostén de la independencia de la república, puesto que es el blanco contra que dirigen sus tiros mas certeros los que destrozan su erario, los que befan y asesinan á su caudillo, los que siembran la discordia y el rencor en

el corazon de los ciudadanos; los que acreditan en fin, con todo esto, que no quieren que México subsista por sí misma como nacion independiente. Pero no paró aquí: despues de constituida la nacion, despues de organizados los estados soberanos é independientes, redobló esa faccion execrable sus esfuerzos para destruir lo hecho. Clamó en alta voz, se desató en lamentos, puso el grito en el cielo, quejándose de que México hubiese adoptado para sí instituciones semejantes á las de un pueblo vecino: declamó contra la violenta transicion del pais del estado colonial al democrático: criticó los actos administrativos aun mas insignificantes, tanto en la capital de la república como en todos los estados, asegurando que no eramos capaces de gobernarnos por nosotros mismos, é inspiró el descontento en unos, y el desaliento en otros, de los que incautos y poco refflexivos no atendian á que nada tiene de reprehensible el imitar lo bueno, nada es mas natural en un pueblo oprimido por siglos, que buscar al sacudir el yugo el extremo opuesto al que le habia causado tantas desventajas, y le habia arrancado tantas lágrimas, y nada mas racional y justo que disculpar los errores de los primeros ensayos en una empresa nueva y difícil. Sin embargo de todo, la Federacion marchó con esplendor y magestad, se sistémó la hacienda, se protegió la educacion, se aumentaron las especulaciones, calmaron las discordias, se enlazaron con la nacion en union fraternal pueblos grandes y poderosos, y gozó la república dias de ventura y de felicidad, que no ha vuelto á gozar hasta hoy que le merecieron la admiracion del mundo y le atrajerón las simpatias de todas las naciones.

Frenética y rabiosa esa faccion traidora y parricida al

ver inutilizados sus esfuerzos, apeló á las vias de hecho, y por medio de una sedicion que fué la de Tulancingo, intentó á mano armada despojar al presidente de la república de la facultad constitucional de remover á su arbitrio el ministerio: sedicion que fué sofocada en su cuna con la prision de todos sus fautores. No hago mencion de ella, porque hubiese sido la única, ni por querer hacer aparecer al partido liberal sin parte en nuestras discordias civiles; no, demasiado sabemos todos que estas han sido muchas y frecuentes; que en ellas todos hemos tenido algun participio, y que muy raro será el mexicano que pueda asegurar, “estoy libre de toda connivencia ó cooperacion en nuestras disensiones intestinas.” Mi objeto al hacer mencion de esa conspiracion llamada de Tulancingo, porque allí estalló y terminó, es el de recordaros que esa fué la primera que intentó violar la constitucion, la primera leccion de insubordinacion que se dió al pais ya constituido, el primer grito de alarma dado contra el órden legal, el golpe sacrílego en fin, dado al respeto y prestigio mágico con que México veneraba su carta fundamental: que ese primer ejemplo lo recibieron los mexicanos de esa faccion inmundá á quien debe la nacion todas sus desgracias, y que él fué dirigido á destruir lo hecho, á desprestigiar el sistema con el fin de quitar este apoyo á la independendencia nacional.

Los prosélitos de esa faccion, enmascarados como he dicho con la careta de libertad y órden, lograron asaltar algunas sillas en las augustas cámaras del congreso de la union, así como en algunas legislaturas de los estados, y asediar al presidente de la república, engañarlo, é introducirse en el mismo gobierno, y desde allí, á mas

de poner mil trabas á la máquina social con providencias dirigidas á entorpecer su movimiento; á mas de perseguir de muerte á los mas ilustres patriotas, llenar los calabozos de liberales desgraciados, y erigir patíbulos en que hicieron rodar las cabezas de mil víctimas, como Rosains, Victoria, Codallos, Márques, Gárate y tantos otros celosos defensores de la Federacion y los principios, asestaron sus tiros á una persona venerable, á un patriota distinguido, á uno de los padres de la independencia, al benemérito de la patria en grado heróico, general de division del ejército de la República Ciudadano VICENTE GUERRERO: conocieron que este patriota esclarecido, gefe del pueblo, y dotado de un corazon leal, firme y puro, no podia ser vencido faz á faz en lucha abierta, y ocurrieron á su estrategia favorita, *la traicion*, sí compatriotas, la perfidia, la alevosia, la traicion mas negra é inaudita. Pusieron en venta la cabeza de ese ilustre y esclarecido caudillo de la patria; hallaron un infame extranjero que aceptase el precio ofrecido, para alhagar á aquel mexicano venerable con fingidas manifestaciones de amistad, atraerse con ellas su confianza: y ya que descansase en ella, entregarlo á sus asesinos: encontraron este individuo escepcional y monstruoso en la especie humana, como buscado por ojos acostumbrados á ver entre sus confidentes la fisonomia de la traicion: pagaron el precio ofrecido de las arcas públicas, de los tesoros de la nacion para agregar un atentado á otro, una burla á un ultrage: se hicieron de la víctima, y la sacrificaron y vertieron su sangre, y pusieron término á su vida, solo porque esa sangre y esa vida estaban consagradas de una manera singular y solemne, á sostener la independencia, solo porque esa sangre y

esa vida, eran únicamente de la patria. ¡Gran Dios! Tú que formaste esa alma pura, que la has recibido ya en tu seno de clemencia y bondad, que conoces su temple, y veías sus continuos delirios por la felicidad de su patria, sabes lo que esta ha perdido al perder tal defensor de sus derechos. Tú que conoces el tamaño del crimen que le privó de aliento, de ese crimen nefando, que como el de Cain lega una marca ignominiosa à la posteridad; apiádate de la república, alza de este pueblo infortunado tu mano armada con el azote de tu justicia; sea bastante ya aquella pérdida y esta ignominia, y vuélvenos los días de paz y de ventura: haz que cesen nuestras disensiones y disturbios, y forma en México un pueblo de hermanos. No te pido la sangre de los asesinos, no; júzgalos, Señor, y libra à la república de su influencia y sus maquinaciones!

Disculpad, señores, el extravío de mi imaginacion; el dolor que causan tan funestos recuerdos, me hizo hablar segun mi corazon: corramos un velo sobre ese sepulcro cavado por la traicion y por el crimen, y acaso decretado para nuestra expiacion: no lo vean nuestros ojos sino para regarlo con ardientes lágrimas, y para aprender en él el modo de salvar à la patria de las asechanzas de sus jurados enemigos.

Removido el obstáculo que à esa faccion sangrienta presentaba la ecsistencia de ese esforzado campeon de la independencia, tentó otros medios, y fueron los de conmover la multitud, haciéndole entender que las ec-sageraciones del partido liberal tenian por objeto atacar y proscribir en la república la religion de nuestros padres; y ademas para quitar à la federacion todo apoyo y sosten, influir en el ánimo del unico caudillo que

quedaba al pueblo, y lograr se declarase contra algunas innovaciones, consiguiendo de esta manera una pugna entre los corifeos de la libertad, pequeña en su principio, digna de terminarse en un arreglo amistoso; pero que protegida por los enemigos de la paz pública, enardecida por ellos mismos, se acaloró hasta el extremo de ser ya una escision perfecta en el personal que dirigia los destinos de la nacion: escision que protegieron con sus adulaciones, con sus bajas y rastreras humillaciones, invocando al caudillo descontento como al salvador del orden, y al restaurador de la religion de Jesucristo, con cuyas dolosas maniobras lograron enagajarle la confianza de los liberales, y precisarlo á usar, como de un instrumento de apoyo, de los que entonces lo invocaban y proclamaban como su redentor.—Se volvió entonces á poner en accion el tema de que aquellos males que se deploraban eran inherentes al sistema, y no provenian de las personas: se persiguió á las influentes que sostenian los principios: se impidió su reunion al congreso soberano de la nacion: se disolvieron las legislaturas de los Estados, y las masas cansadas de trastornos, mirando de un lado su libertad, y del otro sus creencias religiosas, se arredraron de atentar contra la una ó las otras, y asombradas quedaron inertes, dejando el campo libre á las intrigas con que lograron elegir un congreso y unas legislaturas á propósito al logro de sus planes. El congreso se erigió por sí en constituyente, dió por tierra con la federacion: entronizó el régimen central, y he aquí el primer triunfo de la faccion monárquica.

Logrado esto, despojado el pueblo de su libertad, lo primero de que cuidaron los directores de aquella des-

organizacion fué, de quitar las armas de las manos de los ciudadanos, dejar á todos los mexicanos inermes, estar rodeados de fuertes guarniciones de milicia permanente, adormecida entonces en su envilecimiento bajo las apariencias de subordinacion y disciplina, para impedir cualquiera reaccion, y ahogar en su cuna las que aparecieran: variaron la nomenclatura: los Estados se convirtieron en Departamentos: pusieron en cada uno de estos un pro-cónsul, autorizado para oprimir, é impotente para hacer el menor bien, sujeto en todo á la voluntad del primer magistrado, de quien era realmente un espia, un esbirro titulado y con decente dotacion para causar á los ignorantes la ilusion de personage poderoso: pusieron ademas un simulacro de representacion en cada junta departamental, dotando á éstas de muy mezquinas facultades, y creándolas inferiores á los ayuntamientos en prestigio y respetabilidad: despojaron á una inmensa mayoría de ciudadanos del derecho de sufragar en las elecciones populares: procuraron sofocar la imprenta, esperando sepultar en una misma tumba el pensamiento y la libertad: desatendieron la educacion de la juventud en todos sus ramos: crearon varias contribuciones directas, con la falsa promesa de quitar las aduanas, y dejaron subsistentes unas y otras, y agobiaron á los ciudadanos con gabelas, recargaron de impuestos á los efectos de necesidad, y los disminuyeron á los que fomentan los vicios: invistieron á los esactores del fisco con una potestad coactiva casi ilimitada, abrumando á los mexicanos con atropellamientos, invadiendo las precisas facultades de la jurisdiccion ordinaria, y dejando sin garantías los derechos mas santos; obstruyeron con estas medidas el comercio interior, y el es-

terior con aranceles mezquinos y con sistemar el robo y el peculado en las mas de las aduanas marítimas y fronterizas, cuyas administraciones eran en casi todas, el patrimonio de sus ahijados: entronizaron el agio, convirtiéndolo en señor de México, en el dueño de los tesoros del erario: segaron las fuentes de riqueza, y se gozaron en la miseria pública, que insultaban de continuo con el fausto de fortunas colosales, improvisadas á costa de las lágrimas y de la sangre de los desgraciados ciudadanos.—Y cuando en lo interior de la república manifestaban aquellos hombres tanta actividad para oprimir, para corromper las costumbres, para envilecer al pueblo, afeminarlo, empobrecerlo y destruir todas sus esperanzas, ¿qué conducta observaban respecto al exterior? la mas indigna, y depresiva del decoro de la nacion.—Agoviado el gobierno de reclamaciones, las repelia con arrogancia, y descuidaba los medios de sostener y hacerse respetar. La Francia hizo muchas, algunas aun ridículas, y cuando aprestó sus escuadras, cuando puso al frente de Ulúa sus guerreros y asestó al pabellon nacional el cañon de Argel, el gobierno central, frio, apático, inerte, no opuso resistencia, dejó destruir la fortaleza, dejó morir á nuestros valientes sedientos de gloria, y privados de los medios de alcanzarla, y despues de humilladas nuestras frentes, y abatido el pabellon de Iguala, sucumbió de una manera oprobiosa, y otorgó concesiones tanto mas degradantes, cuanto que eran otorgadas, manifestando debilidad é impotencia para defender la justicia de sus anteriores repulsas. Los bárbaros del Norte invadieron sin cesar los departamentos del interior, y en partidas pequeñas asolaban las poblaciones, robaban las hacien-

das, hacian presa de mexicanos que llevaban cautivos, y se engalanaban con las cabelleras que arrancaban de los cráneos de nuestros hermanos, porque el gobierno central tenia desarmados á los pueblos, entregaba sus vidas á la hacha del salvage, habia despojado de todo poder á las localidades, les negaba toda clase de auxilios, no los proveia de medios de defensa, por intimidar en el centro á los descontentos, y sostener con sus falanges su precaria dominacion.—Se subleva un Estado fronterizo y se subtrae de la union nacional: se le lleva la guerra, se sufre por un azar un descalabro, y él basta para retirar toda la fuerza, para dejar robustecer á los sublevados, para presentar à la república como impotente y nula, para despertar intereses de anexacion en nuestros hábiles y codiciosos vecinos, pero sin cesar de declamar de todas maneras contra la usurpacion, sin dejar de anunciar periódicamente que se iba á llevar nuevamente la guerra á los sustraídos, sin olvidarse de designar contribuciones, de agenciar préstamos y de procurarse oblaciones de los ciudadanos para el apresto del ejército; sin descuidar el nombrar en épocas el general en jefe, y designar la fuerza que debia marchar; es decir, sin dejar de hablar lo que se debia hacer, y sin hacer lo que se debia callar; sin dejar de exigir lo que se debia emplear en la guerra, y sin emplearlo en este objeto, pues que á la pequeña seccion de tropas que estuvo siempre en la frontera, y se llamó brigada del Norte, se le mandaban cortos y retardados auxilios: se descuidó de reforzarla, se olvidaron las obligaciones todas que la patria habia contraído con aquellos valientes, y mientras el resto del ejército, sin mas objeto que conservar á los

gobernantes en el poder, y amagar à los que aspiraban á una reaccion de los principios, se mantenía en las grandes poblaciones pagado con puntualidad, lujosamente equipado, recibiendo ascensos y premios sin mérito ni gloria, y en una vida de holganza y disipacion, relajando la disciplina, aquellos soldados al frente de la gloria sin poderla alcanzar, espuestos á mil peligros, se vieron postergados, hambrientos, descalzos, desnudos y olvidados acaso por ser los únicos que cumplían su deber.

No creais que esto era sin objeto. Esos perpetuos conspiradores contra la independencia, y contra todo lo que pudiera conservarla, en México no cesaban de acechar una cabeza, una cabeza ilustre, á la que asesaron sus tiros, despues de haber hecho rodar la del inmortal Guerrero.—Hablo del héroe de Tampico.— Ese ilustre general, padre de la república, no podía alcanzar perdon de los traidores que han jurado acabar con la existencia de la patria, y ántes con la de todos sus caudillos. Así es que, cuando por primera vez el pueblo mexicano, vencedor de una administracion de sangre, lo colocó en el solio presidencial, se esforzaron en inspirarle desconfianzas y en desunirlo de los mismos que habian sido sus compañeros en sus desgracias, y en sus triunfos: lograron convencerlo de que debía poner un dique á las vehementes pretensiones del partido de la libertad, y persuadiéndole que serian sin efecto todas las medidas de avenimiento, lo precisaron á buscar un apoyo en elementos desvirtuados que lo introdujeron en esa senda de error y de extravío en que fué destrozada y proscripta la constitucion de la república, en que se manchó el caudillo, teniendo una gran

parte en las torpezas y desaciertos que he bosquejado, en que no encontró mas que resistencias, desengaños y remordimientos y de la que no pudo salir sin encontrarse al frente á toda la nacion en actitud amenazante, cansada ya de ver contrariados sus deseos, y resuelta á hacer cesar aquel estado de ignominia. Entonces la faccion monarquista estaba mezclada en las filas del pueblo, solo por vengar la oposicion que habia encontrado en su engañada víctima, para complacerla en la principal de sus pretensiones, y entonces habria caido la cabeza del héroe, si esa faccion sola lo hubiera derrocado. Se librò, porque era la nacion quien lo vencía, y ésta lo salvó, y se salvó desterrándolo.

No pudo en la ocasion, esta secta detestable, enseñorearse del poder, para desarrollar sin tropiezo todos sus planes; mas sí logró tener alguna parte. Así es que apareció, como resultado de aquella fuerte conmocion, una administracion próbida, juiciosa, honrada, pura y circunspecta; pero formada de partes heterogéneas, sin programa, fria y sin accion, sin resolucion para lanzarse en los brazos de la nacion, por temor de agitacion y turbulencias, y sin confianza en el ejército, sin vigor ni poder, muy á propósito sin duda para las miras de los malvados que anhelaban por la ocasion de llevar á cima su obra de destruccion. A poco tiempo consiguieron su objeto.—Un general que poco antes se habia humillado degradándose, y que acababa de corresponder con pérvida deslealtad á una amistad generosa, mandaba las fuerzas destinadas á escarmentar á los injustos invasores del territorio nacional, y estas cualidades unidas á las de su bien probado servilismo, le merecieron ser destinado por la faccion monárquica, para

caudillo del movimiento mas vergonzoso, mas antinacional y mas digno de execracion.—En vez de marchar á la frontera, donde lo llamaban su deber, la gloria, la necesidad de la patria, y el momento y la ocasion, que pasaron para no volver jamas, á contener, como pudiera, la invasion de las tropas Norte-americanas, que estaban aun reuniéndose, y no formaban todavía un cuerpo de ejército respetable, volvió la espalda al peligro, proclamó un plan en que se pintaba como el mayor mal de la nacion su misma independendencia, y aprovechándose del descontento universal con una administracion inerte, la derrocó; se encargó del mando supremo, descuidó todos los ramos de la administracion, se rodeó de los asesinos de la patria y de sus héroes: permitió en México periódicos cuyo tema era deprimir el nombre de la nacion, y probar la necesidad de establecer una monarquía y coronar á un príncipe extranjero: manifestó con su conducta, sus tendencias al mismo fin: espidió una convocatoria, cuya base era despojar á todos los ciudadanos del derecho de elegirse representantes, y designar el mismo convocante casi todos los miembros de la convencion: hizo marchar al Norte, tarde y sin recursos, ni fuerza de reserva, á una pequeña parte del ejército, casi en su totalidad la menos disciplinada y aguerrida: logró que fuese derrotada por los invasores: que por primera vez en batalla campal fuese abatido, insultado y escarnecido el pabellon tricolor: en nada pensó menos que en reparar aquel quebranto: dejó avanzar al enemigo, y ocupar nuestras plazas: logró, en fin, el segundo triunfo de la faccion monárquica; pudo ella asegurar, fundada en estos hechos, que la nacion no podia subsistir por sí misma, que necesitaba de un auxilio poderoso, y que éste no podria encontrarlo, sino colocando en su sólio

á un príncipe extranjero, y precipitó á la República en el fango, desconceptuándola en el exterior, hasta el extremo de que nos apoden con los epítetos de *bárbaros y de salvages*, y se hayan puesto todas las naciones á dudar si merece nuestra patria figurar entre los pueblos cultos. Estos son los extremos de vilipendio á que nos han conducido las maniobras de esos hombres de abominacion, que invocando los nombres de la ley, libertad, orden y religion, han conspirado siempre contra la independencia, y que desmascarados bajo la execrable administracion del general Paredes, han aparecido ante la República tales cuales son; tales cuales hace veinte años los está retratando el partido de la libertad. Comparad época con época, y vereis en la del régimen federal á la patria, con vida, con decoro, repeler en Tampico un ejército español que intentaba la reconquista, y al ilustre general Santa-Anna al frente de tropas cívicas, mezcladas con las permanentes, derrotar á los soldados que no pudo vencer el capitán del siglo, el vencedor del resto de la Europa; á los soldados que traian en sus venas nuestra sangre, y eran los compatriotas de nuestros padres; y vereis á la vez á la nacion en el régimen central, y en el desarrollo de las tendencias monárquicas, lánguida, sin aliento, sin vigor ni concepto, ser ultrajada y abatida por la Francia, escarnecida, invadida, conquistadas algunas de sus plazas por la república del Norte, y merecer, cuando mas, la compasion de las otras potencias.

Los monarquistas creyeron que el benemérito general de la República, ciudadano Antonio Lopez de Santa-Anna, habia sido espatriado por rencor y sin tregua, no para escarmiento y por salvar su vida; juzgaron por

lo mismo sólido su triunfo, mirando al pueblo sin caudillo, y se engañaron.—El Dios de los pueblos que los humilla y castiga en la hora de su justicia, pero que no ha decretado aún el estermínio de la nacion mexicana, se apiadó de ella en su misericordia; corrió el velo de fascinacion que cubria tiempo ha los ojos de nuestros soldados; unió á las masas y al ejército, las conmovió en defensa de su libertad: con el sacudimiento destruyó aquella administracion de infamia y de vergüenza, reconcilió al pueblo y al campeon: volvió á éste al seno de la patria, acibarado con los recuerdos de sus estravíos, confesando y abjurando sus errores, comprobando con hechos la sinceridad de sus ofertas; restableciendo, en fin, la carta fundamental de los Estados-Unidos mexicanos, sancionada el dia 4 de Octubre de 1824.

Teneis ya, compatriotas, caudillo y libertad; ambas cosas habeis conquistado en un solemne triunfo. El caudillo fiel á sus protestas, y deseando dar garantía sobre garantía de su sinceridad, ha rehusado el poder, ha empuñado su espada, y está en el camino de la frontera, adonde ha asegurado que va á batirse con los invasores, para ceñir en la frente de la patria la corona de la victoria, é indemnizarla con usura de sus quebrantos, ó para sellar con su sangre su lealtad y su patriotismo. La libertad la dejó en vuestras manos para que hagais de ella el uso conveniente, á dar por resultado vuestra felicidad. No juzgueis que este triunfo es de aquellos tras de los que viene el descanso, no; en él se han conquistado los medios de salvarnos, no la salvacion misma. La abyeccion y envilecimiento á que ha llegado la república con ese encadenamiento de desgracias, es muy grande; preciso es trabajar sin reposo hasta

volverla su dignidad, y entonces podrémos decir: “*La patria se ha salvado;*” se trata de ser ó no ser, y à nosotros toca decidir el extremo que ha de subsistir. Poco hace que inermes, oprimidos, vigilados, envilecidos, no podíamos tener parte en la decision; sentíamos y lloràbamos como los esclavos su infortunio; pero no teníamos poder para librarnos: hoy somos otra vez ciudadanos: tenemos libertad para que sea el instrumento con que labremos nuestra ventura, y el uso que hagamos de ella, resolverá el problema. El quietismo, la frialdad, la apatía, la inercia, el afeminamiento en fin, que con la opresion ha germinado en la república, debe desaparecer con la opresion: ésta ha cesado, y en la reaccion de nuestras fuerzas, debemos volver á ser lo que antes hemos sido: acreditar que merecemos ser libres, y labrarnos nuestra felicidad. Roma libre, pueblo de ciudadanos, fué señora del mundo, y causó asombro por su sabiduría, su valor y sus conquistas; Roma oprimida, pueblo de esclavos afeminados con la tiranía, fué destrozada, aniquilada y presa de sus invasores. Hoy tenemos abiertos los registros en que debemos inscribirnos en la Guardia Nacional: el gobierno nos invita á armarnos y defendernos: no podemos ya decir que nada hacemos porque se desconfía de nosotros y se nos impide obrar: los resultados sin disculpa serán ya obra de nuestras manos.—Un pueblo que quiere ser libre, debe ser un pueblo de soldados, y su gobierno no debe hacer mas que franquearle los medios, organizar las masas, y dirigirlas al logro de su objeto. Los norte-americanos que presentan al mundo el contraste de llamarse el pueblo clásico de la libertad, y conservar en su país la esclavitud, que proscribire toda

la tierra: que titulándose los patriarcas de la democracia, los celosos defensores de los derechos de los hombres y de los pueblos, quieren merecer en este siglo el renombre de conquistadores; son los que invaden nuestras fronteras, los que ocupan nuestras ciudades, los que han derramado la sangre de nuestros valientes hermanos; los que hacen flamear en nuestras plazas el pabellon de las estrellas, substituyéndolo al tricolor; los que quieren enarbolarlo en nuestra opulenta capital, en el capitolio de la república mexicana; los que quieren que nuestro extenso y feraz territorio sea una parte integrante de la república de Washington. Si no queremos que el nombre de México sea borrado ignominiosamente del catálogo de las naciones; si no queremos aparecer con el vilipendio de no haber podido conservar el tesoro que arrebatamos de las manos de nuestros antiguos dominadores para administrarlo por nosotros mismos: si no queremos que nuestra generacion sea la última hispano-mexicana; si queremos en fin que nuestras creencias pasen á nuestros nietos; que no sean profanados nuestros templos, violadas nuestras hijas, proscriptas nuestras costumbres, subrogada por otra nuestra lengua materna, nuestra legislacion por otra, y vivir una vida sin esperanza, de amargura y de vergüenza, es preciso que revestidos de la dignidad de hombres libres, del valor y entusiasmo de hombres heridos en lo mas vivo, y ultrajados sin razon ni justicia, y de la constancia y decision de los que no tienen otra esperanza de salvacion que sus propios esfuerzos, nos armemos todos y volemós, si fuere preciso, á engrosar las filas del ejército del Norte, correspondiendo á nuestro caudillo, que allá nos aguarda, lealtad con lealtad, y decision con decision.

El cañon que allí truena, no es el aterrador de la guerra civil, el que hiela la sangre y arranca lágrimas de los ojos, y suspiros del corazon; es el de la conquista, el de la usurpacion, el que asestan los que quieren robarnos hasta el lugar en que reposan las cenizas de nuestros padres; el hogar que nos retrata nuestra infancia, y todos los recuerdos que forman el encanto de la vida. Hierva, pues, nuestra sangre en furor patriótico y santo, y protegidos por el brazo de Dios, escudados con la justicia de nuestra causa, y confiando en nuestro corazon, arrostemos todo peligro, y lavemos la sangre con sangre, ó evitemos el vilipendio con la muerte.

Necesario es, ademas, que vigilemos al enemigo interior, ese enemigo astuto, que hiere con la lengua antes de destrozar con el puñal, que ha desconceptuado el sistema, atribuyéndole hasta las menores faltas de los que en él han regido á los pueblos. Sellemos sus lábios mordaces é impuros, con nuestras acciones: probemos con nuestra conducta, la falsedad con que aseguran que los federalistas son impíos, anti-religiosos, libertinos: acreditemos con hechos, que un pueblo de federalistas puede ser un pueblo de cristianos, que puede amarse la libertad con entusiasmo, y tenerse ademas moralidad en las costumbres: que una ley divina de amor y de paz, se hermana bien en un corazon con una ley humana, de union, de justicia y de igualdad. Justifiquemos con nuestro comportamiento, que un gobernante federalista, vigila el cumplimiento de la ley, respeta como sagrada la propiedad, economiza las rentas públicas, cuida de su legal inversion, y castiga severamente el peculado: que protege la educacion, ama la justicia y procura el bienestar y pro-

greso de la sociedad: que un magistrado federalista, aplica las leyes con imparcialidad, castiga severamente los delitos graves, protege y ampara la inocencia, tiene vigor y constancia para dar á cada uno lo suyo, y huye de que en su conducta haya aun la menor sospecha de parcialidad: que un soldado federalista, guarda la disciplina, acata las leyes, no escandaliza con su libertinage, no oprime y sí protege al ciudadano con quien está fraternalmente unido: que un ciudadano federalista es fiel observante de las leyes, respetuoso con sus superiores, celoso defensor de su patria, dedicado á un trabajo honesto, y el apoyo y custodio de su familia: que todos los federalistas, en fin, en cualquiera clase de la sociedad, tienen moralidad, honor y decencia, para quitar así todo pretesto á nuestros enemigos, desarmarlos con nobleza y con provecho de la patria, poner en evidencia sus mañosas é infames arterías, ya que hemos logrado tener de manifiesto sus tendencias, y asegurar así á la libertad un triunfo sólido, estable é imperecedero.

La union entre nosotros mismos, debe ser, por último, el objeto de nuestro constante anhelo, no solo porque nuestras escisiones han causado nuestras mútuas y continuas derrotas y las de la patria; no solo porque la union dá la fortaleza, sino porque el ódio y el rencor son afecciones onerosas en nuestro corazon, repugnantes á nuestra naturaleza y enemigas de nuestro reposo. Depongamos nuestras discordias y resentimiento en las aras de la concordia: consumámoslas en ellas en este gran dia con el fuego de nuestro amor patrio. Demasiado conocidos nos son los pocos, muy pocos corifeos de la secta monárquica: con esos no hay union, porque son venenosos como las serpientes: es mas mortal su

mordedura mientras ésta se halla mas cercana al corazon: á ellos, *maldicion y anatema*; pero todos los demas mexicanos, aun los que incautamente han cooperado á sus designios, ó se desengañarán con nuestra conducta y depondrán sus errores, ó si aun los abrigasen, será por necesidad, y los necios merecen compasion. Para todos, pues, reconciliacion sincera, union fraternal, olvido de todo lo que fué, y procuremos que todos los mexicanos formemos un partido, el de la patria, y tengamos solo una bandera.

Es casi imposible errar, cuando los conceptos que se emiten están fundados en sucesos históricos, en hechos que han pasado á nuestra vista, cuyas consecuencias hemos resentido, y cuya amargura hemos apurado gota á gota: la existencia de una faccion que conspira contra la independendencia, su empeño en desorganizar á la República, en impedir que se constituya, en dejarla sin sus caudillos y en desconceptuar el sistema único que ha adoptado voluntariamente para regirse: la tranquilidad, la paz, la abundancia, el órden y la felicidad de que ha gozado la nacion en el periodo que pudo organizar el ejercicio de su poder bajo las bases federativas: la dignidad, el entusiasmo y el valor con que en ese mismo periodo ha conservado la patria sus derechos, su integridad y su decoro: la inquietud, el descontento, la alarma continua, la opresion, la desgracia, el abatimiento en que permaneció la República mientras se le subyugó en el régimen central: la inercia y flojedad de las administraciones que en ese periodo se sucedieron para vengar los ultrages inferidos á la nacion, y para defenderse de atentados de usurpacion, hasta postrarla y hacerla sucumbir con ignominia y humillacion: la oportunidad que prestó tal

órden de cosas á los enemigos de la independendia, para desarrollar en él su plan de monarquía, ó lo que es lo mismo, de retrogradacion hasta el estado colonial: todo esto, comprobado con hechos íntimamente enca- denados é innegables, porque los hemos visto y palpa- do, convence con suma claridad, con evidencia, que la mas firme base, que el mas sólido apoyo de la inde- pendencia nacional, es la constitucion de la República en el *Sistema Federal*; y la razon y la esperiencia ma- nifiesta, que el pueblo mexicano al lograr la resurrecc- ion de su carta fundamental, y la restauracion de los principios que ha invocado para su salvacion, logrará el triunfo mas glorioso para la patria, si sosteniendo con ardor y nobleza su independendia y su libertad, desar- ma á sus enemigos y se hace invencible con la uni- forme accion de todos sus hijos.—¡Cielo puro y hermoso del pais en que se meció nuestra cuna, y que acaso nos depara una tumba, no ilumines con tu claridad el dia de horror y confusion, en que nuevos errores, nuevas discordias y nuevos estravíos, perturben nuestra paz, nos priven de nuestra libertad, y precipiten á la Re- pública en la honda cima del envilecimiento, y présta- la, sereno, á aquel en que triunfante de la usurpacion, y desarrollando sus elementos de felicidad, se presen- te México ante el mundo como una nacion esforzada, grande y poderosa, á aquel en que ese pabellon her- moso, que creó en Iguala nuestro malogrado liberta- dor, surcando los mares, flameando en las alturas y enarbolado en las fronteras, sea saludado por todos los pueblos de la tierra, con manifestaciones de benevo- lencia y de respeto! Estos son mis ardientes votos, compatriotas, en el aniversario del dia 4 de Octubre de 1824.—HE CONCLUIDO.